

**Gisbert HAEFS. *Alejandro. El unificador de Grecia. La Hélade.* Trad. de José Antonio Alemany. Buenos Aires, Sudamericana, 1995, 461 pp.**

**Gisbert HAEFS. *Alejandro. El conquistador de un imperio: Asia.* Buenos Aires, Sudamericana, 1995, 457 pp.**

Resulta conveniente y aun necesario incluir los dos libros de Gisbert Haefs en una misma reseña puesto que ambos refieren acontecimientos que se relacionan estrechamente. En efecto, ofrecen en conjunto una recreación de la vida en las principales ciudades no sólo de Grecia, sino también de Macedonia, del Imperio Persa y de la costa africana en tiempos de Alejandro Magno.

Estos tiempos a que nos referimos superan en realidad los límites de la vida del famoso personaje, pues el relato se inicia y se cierra con la voz de un Aristóteles moribundo que evoca al antiguo discípulo macedonio ante un joven soldado que desea reconstruir el pasado para legitimar el porvenir. Esta narración del filósofo se ubica en los días que siguen a la muerte de Alejandro, días de incertidumbre y amenaza, por cuanto los antiguos compañeros del rey buscan a quien pueda ser su sucesor en el trono. Envían entonces a Peucestas, hijo del médico Dracón, para que interrogue a Aristóteles acerca de una carta de Alejandro en la que este último habría designado a su misterioso heredero<sup>1</sup>.

La muerte de Alejandro constituye, pues, el límite más próximo en esta conversación que hace de marco al relato sobre el rey. El otro extremo, el inicio de su existencia, se ubica más allá de su nacimiento. Y ambos hechos -origen y fin de su existencia- son las puertas de acceso a lo sobrenatural. En efecto, tanto el origen de Alejandro como su muerte aparecen marcados por señales sorprendentes<sup>2</sup>. Para referirse a ello, Gisbert Haefs apela a un recurso que garantiza la naturaleza mágica de lo que se narra: la acción de un amuleto que descansa sobre el pecho de Aristóteles. Cada vez que el material narrativo que ofrecen las novelas

puede despertar en el lector desconfianza 'histórica' entra en juego este amuleto , que está presente en el relato desde antes de que Alejandro fuera soñado. Peucestas fijará la vista en él y los hechos se irán sucediendo ante sus ojos , vívidos e indiscutibles , más reales que la voz del anciano agonizante. El amuleto, que también es portado por otros personajes igualmente misteriosos, representa a Amón y es el símbolo de la nueva era iniciada con Alejandro.

Uno de los rasgos que se destacan en ambas novelas es la maestría en la técnica narrativa, marcada por la presencia de numerosas voces que se entrecruzan para armar parte por parte el complejo mundo en crisis en que la *pólis* agoniza. Esta polifonía, a la vez , señala el respeto con que Haefs ha tratado las tradiciones acerca de Alejandro. En efecto, son reconocibles en su obra pasajes de Plutarco, Arriano y aun del Pseudo Calístenes, sin que sea posible asegurar que se haya basado directamente en ellos.

El tratamiento de lo sobrenatural, por otra parte, permite al autor establecer paralelos con nuestro propio mundo contemporáneo, también en crisis. Una visita al Templo de los Dioses Muertos, por ejemplo, generará gran inquietud en Dracón porque en uno de los últimos nichos de la galería que muestra a todos los dioses que han existido descubrirá la imagen de Alejandro, y junto a ella -hecho significativo más para los lectores que para el personaje- la representación apenas sugerida de un madero vertical que podría sostener una cruz.

Para cerrar esta reseña creo oportuno señalar un fenómeno curioso relacionado con la historia de Alejandro. Los primeros textos acerca de él, los que le son más cercanos por el tiempo en que fueron escritos, han desaparecido. Las obras más antiguas que se conservan, y que todavía consultamos, fueron compuestas varios siglos después. Se produce por ello un juego entre historia y ficción que también se verifica en la obra de Haefs. Si, como dice Hayden White<sup>3</sup>, el inventar es un procedimiento tan usado por historiadores -en el sentido de descubrir lo que otros han hecho - como por novelistas - en el sentido igualmente tradicional de producirlos con su imaginación- entonces es lícito afirmar que Gisbert Haefs se enlaza con la tradición milenaria que ha logrado ejercer alrededor de la figura de Alejandro Magno los dos modos de

invención narrativa.

*María Guadalupe Barandica de Yaya*

Notas

1 Era bien conocida la fluida correspondencia entre Aristóteles y sus discípulos, entre los que se contaban los *hétairoi* de Alejandro. El mismo monarca era uno de los correspondientes más asiduos del filósofo, hecho que ha dado origen a las especulaciones acerca de la carta en la que el rey habría confiado a su maestro el nombre del *hétairos* sucesor.

2 En esto Haefs sigue la tradición de sus antecesores. Plutarco, por ejemplo, dice que el día en que nació Alejandro se incendió el templo de Artemisa Efesina, hecho explicable porque la misma diosa estaba ocupada en asistir al nacimiento, y que a la vez fue interpretado como un terrible presagio para Asia.

3 H. WHITE. *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós, 1992, p.183.